

cuaderno 2/vol. 94
marzo-abril 2003



**Castidad:
célibes
por el Reino (II)**

vida religiosa

Hablar de castidad es como sumergirse en este caos sin descifrar que es el orden del amor. Abordar las cuestiones debatidas que giran en torno a esta realidad exige hilar fino, aquilatar. La castidad es uno de los verbos irregulares de esta gramática. Lo importante no son las normas escritas, sino esos otros lenguajes que se conjugan en el día a día, entretejiéndose con el silencio y el grito, con el dolor y el gozo, con la muerte y la resurrección. Puede pasarse la vida sin superar el balbuceo, sin terminar de tejer el paño; pero no hay que tener miedo porque paraliza; no hay que desconfiar porque no se avanza en solitario; hay que saber que los atajos no existen o, a menudo, acarreen problemas mayores.

Este segundo cuaderno monográfico sobre el voto de castidad quiere ser como un libro de bitácora en medio de este extenso mar. No hemos evitado los temas difíciles, aunque no podamos tratarlos todos. Tenemos la suerte de contar con colaboradores que no se pierden en especulaciones. Todos combinan el estudio y la reflexión con el trabajo y el contacto directo con las personas y sus problemas. Ninguno elude las cuestiones, son valientes. Todos coinciden en tres afirmaciones fundamentales: la castidad es un don y un reto, que implica y complica a toda la persona; cuesta porque vale. Difícilmente puede ser vivida si no se cree en ella; la fe en este voto nos hará mover montañas cuyo peso nos agarrota. Nadie posee este don en exclusiva; no se tiene en propiedad, sino en depósito; es otro talento que, bien administrado, producirá el ciento por uno.

Redacción: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid.
Tel.: 915 401 266. Fax: 915 400 066. E-mail: vidareligiosa@claret.org
Depósito Legal: M-2.582-I.958. ISSN: 0211-9749

CONTENIDOS

ESTUDIOS

Un cuerpo como el suyo 4
PEDRO MANUEL SARMIENTO

¿Es todavía necesaria la ascesis? 11
BENITO GOYA

Herid@s e itinerantes. ¿Qué madurez afectiva sirve para esta opción? 21
MARÍA JULIA ARDITO

Formar para la castidad, métodos y procesos 28
PINA DEL CORE

RELATO

La castidad y la fe 39
MAMERTO MENAPACE

PERSPECTIVAS

Acompañar dificultades en el voto de castidad 41
LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ

La homosexualidad en la vida consagrada 49
CARLOS DOMÍNGUEZ

Los 'otros' pecados contra la castidad 55
GONZALO FERNÁNDEZ

MATERIALES

"La boda del Monzón" y el voto de castidad 65
FERNANDO TORRES

Sexualidad y castidad en las diversas etapas de la vida consagrada 67
COSME PUERTO

Suscripciones: Buen Suceso, 22. 28008 Madrid.

Tel.: 915 401 238. Fax: 915 400 066. E-mail: vrsuscripciones@claret.org

Precios: España y resto de Europa: 46 euros. Canadá, USA, Puerto Rico y Japón: 78 USD ó 78 euros.

Otras naciones: 52 USD ó 52 euros. Números sueltos: 3,50 euros.

frente a todo lo que era suyo; frente a todo lo que se le había adherido.

Quien se ve obligado a dejar el pellejo, busca arrinconarse. Lo busca hasta el gusano que quiere ser mariposa. Para poder crecer hasta volar, necesita aceptar el retiro del capullo. La rosa y el gusano lo hacen por instinto; al cristiano, por ser hombre, le toca decidirlo.

Al llegar a la orilla del río, nuestro hombre se acurrucó en silencio. Antes de despojarse por afuera necesitaba unificarse por dentro. Necesitaba mirar la correntada, dejar que ella le entrara por los ojos y se le fuera corazón adentro. Necesitaba que el corazón pasase primero, para poder luego seguirlo su cuerpo. En esa actitud se le fue la tarde, y la noche le cayó encima con todo su misterio. Y en esa actitud lo pilló el lucero. Fue entonces recién cuando dijo: "sí". Un sí que lo venía arreando desde lejos. El mismo sí, que lo pusiera en movimiento al comienzo.

Despacio se puso de pie, se quitó el poncho y lo tendió en el suelo. Se sacó las botas y las colocó en el centro. Luego el facón, el pañuelo, la faja y el chambergo. A cada prenda que entregaba, el hombre se iba empobreciendo. Los grandes momentos de la vida no necesitan dramatismo. El drama es el escenario ficticio que necesitan ciertos acontecimientos cuando carecen de suficiente espesor para impactarnos por sí mismos. O cuando no han sido aceptados por la rumia y nos resultan indigestos.

Por eso el hombre, sin broma ni drama, ató las cuatro puntas del poncho que contenía todo lo suyo. Lo voleó tres veces como un lazo para darle impulso y lo tiró por encima de la correntada para que fuera a caer a la otra orilla. De este modo colocaba lo suyo allí donde él mismo debía llegar. Hacía que lo suyo se le adelantara para esperarlo en la meta.

Y allí quedó él, en la orilla de acá, liberado de todo para poder vadear mejor ese río y urgido a vadearlo para poder encontrarse con todo lo suyo, que lo había precedido. Porque era un hombre que amaba profundamente lo suyo.

Nada se ha de perder de lo que el Padre nos ha dado.

Hace más de veintitrés siglos un joven salmista, al que le pasó algo parecido, le decía al Señor en un largo poema: "Yo pongo mi esperanza en vos, Señor, que no quede frustrada mi esperanza". (Salmo 118). ■

PERSPECTIVAS

ACOMPañAR DIFICULTADES EN EL VOTO DE CASTIDAD

Luis María García Domínguez, SJ

Las situaciones difíciles en la vivencia del voto de castidad provocan un gran dolor y suscitan muchas tensiones. Encontrar a la persona justa en el momento justo puede evitar mucho sufrimiento. Acompañar significa despertar el corazón. Luis María García, jesuita, maestro de novicios y formador de formadores, nos ilumina con su reflexión y nos ofrece una orientación en este difícil campo.

En estas páginas se hacen algunas propuestas para el acompañamiento espiritual de situaciones problemáticas en el celibato consagrado. La castidad abrazada por el Reino de los cielos no es *ni logro ni regalo*, sino un horizonte de valor al que se tiende, una perla escondida que se descubre y se apetece; y que por ese afán de su apropiación moviliza todos los recursos de quien lo descubre, sin ningún cálculo realista, en un esfuerzo necesario que no oscurece su carácter de don¹. Pero las fuerzas implicadas en el voto no son sólo espirituales, y el acompañante espiritual no duda de su *importancia antropológica*, sin que por ello tenga que aceptar la centralidad que a veces se atribuye a la sexualidad². Pues la castidad intenta más

■ Jesuita. Maestro de novicios. Profesor de la Escuela de Formadores de Salamanca.

¹ MARTÍNEZ DÍEZ, F., *Refundar la vida religiosa*, 1994, Madrid, San Pablo, pp. 167 ss.

² Por ejemplo, TIMMERMAN, J.H., "La sexualidad de Jesús y la vocación humana", en NELSON, J.B. y S.P. LONGFELLOW, *La sexualidad y lo sagrado*, 1996, Bilbao, Desclée, pp. 151-170. Por evitar el reduccionismo a la genitalidad, se hace una ex-

el amor preferencial a Jesucristo que el control de la genitalidad, y se preocupa más por el amor apostólico que por guardarse de amistades particulares; pero, buscando primero el Reino de Dios (cf. Mt 6, 33), quien la profesa espera que su realización afectiva y sexual sea garantizada sólo desde la primacía de ese amor por el Señor y por su causa; y no a la inversa.

ACOGER

Los recursos que emplea cualquier acompañante, varón o mujer, pueden resumirse en cuatro pasos sucesivos: acoger, comprender, remover y proponer. La *atención empática e inteligente* es la primera tarea: escuchar con comprensión toda confianza, sin dar señal de extrañeza, preocupación ni juicio valorativo; acoger sin preocuparse de lo que otras personas implicadas en el problema piensen o decidan hacer; sino con la sola recta intención de entender, quizá tranquilizar, y siempre ayudar al que se nos comunica libremente. Esta acogida incondicional, que muchos hemos experimentado al hablar de nuestras propias dificultades, facilita mucho la autocomprensión del acompañado/a, especialmente cuando es realizada sin gestos de paternalismo o de apoyo no pedido por la persona adulta que nos habla; gestos

tensión quizá excesiva del concepto: "teológicamente creemos que la sexualidad humana... es... la invitación divina a encontrar nuestro destino no en la soledad, sino en la relación profunda"; "experimentamos nuestra sexualidad como el *eros* básico de nuestra condición humana que nos urge... para que... entremos en comunicación y comunión íntima con Dios y con el mundo" (*ibid.*, p. 19).

La castidad intenta más el amor preferencial a Jesucristo que el control de la genitalidad, y se preocupa más por el amor apostólico que por guardarse de las amistades particulares

sólo necesarios en casos de verdadera ansiedad o quiebra de defensas. Acoger es tomarse en serio desde lo más insospechado hasta lo más inocente; pues cuando una persona consagrada acude a hablar, habiendo tantas que no lo hacen, es que desea afrontar su situación por sentirla como herida abierta, por verse incoherente, o porque cree hacer daño a otros.

No es fácil una descripción de las dificultades en este voto³, muchas calladas, aunque el porcentaje de los casos más llamativos seguramente es mínimo. Sí es más probable que estas dificultades repercutan en forma diferente en función del género. Y no sólo por la discriminación que sufre la mujer, sino porque existe una configuración antropológica específica de cada uno de los sexos (o géneros) que colorea de forma diferenciada la vivencia de varones y mujeres. La mujer parece más sensible y vulnerable en el área de los sentimientos, mientras que el varón lo es en el área de los sentidos⁴; esto implica entre otras cosas que una misma situación, por ejemplo el enamoramiento, será vivida por cada uno con acentos subjetivos muy distintos.

³ Ver estas dificultades en ARRIETA, L., "Sus heridas nos han curado". *Conflictiva afectivo-sexual en la opción de amor célibe*, 2001, Vitoria, Frontera Hegian, n. 33; y CENCINI, A., *Por amor, con amor, en el amor*, 1996, Madrid, S.E. Atenas, especialmente pp. 804-821 y 915-933.

⁴ BISSI, A., *Madurez humana, camino de transcendencia. Elementos de psicología de la religión*, 1996, Madrid, S.E. Atenas. Cf. A. GIMENO, "Homosexualidad e intimidad", en GAFO, J. (Ed.), *La homosexualidad: un debate abierto*, 1997, Bilbao, Desclée de Brower, pp. 148-155.

Toda acogida parece poca cuando se escucha el sufrimiento de una *historia pasada*, sea por imprecisas carencias afectivas, por algún trauma sexual mucho más concreto, por "asignaturas pendientes" desde la adolescencia o por el retorno culpabilizante de una historia sexual turbulenta. También necesita la escucha empática quien comunica las vicisitudes de su *pulsión sexual*, una realidad biológica y psíquica presente en todos/as, aunque muy diferente en su fuerza y significado individual. La perduración de este impulso (en forma de tensión genital, atracción física, fantasías o sueños) inquieta a muchos varones y a algunas mujeres que inician el camino vocacional; y, si este deseo deriva en autoerotismo, algunos se pueden juzgar incapaces para una vida en celibato. Pero esta fragilidad puede prolongarse en el tiempo, o presentarse como regresión inesperada en consagrados/as con muchos años de fidelidad; y como sucede con otras dificultades de esta índole, suele ser más útil un trabajo indirecto sobre las causas que polarizarse en la concreta dificultad⁵.

COMPRENDER

Para ayudar a alguien en su problema se requiere también *entender* la dificultad particular que presenta el acompañado. Para ello el acompañante trata de respon-

⁵ GARBELLI, G., "Masturbación", en ROSSI, L. y VALSECHI, A. (Eds.), *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*, 1986, Madrid, Paulinas, 5ª ed., pp. 1417-1419; LÓPEZ AZPITARTE, E., *Simbolismo de la sexualidad humana. Criterios para una ética sexual*, 2001, Santander, Sal Terrae, pp. 127-140.

derse a tres tipos de cuestiones: sobre el grado de inmadurez o madurez psíquica de la situación; sobre la vivencia religiosa que la persona tiene de su presente; y sobre los diversos significados simbólicos latentes que interfieren con la dimensión espiritual y sobrecargan la dificultad.

1) En torno a la madurez o inmadurez psíquica, sería posible encontrar alguna *patología psíquica* de orden afectivo o sexual que podría desaconsejar el compromiso de una consagración. Pero dejando de lado situaciones más extremas,

muy dolorosa es la existencia, por ejemplo, de algún *abuso sexual infantil* o adolescente. Las mujeres consagradas⁶ parecen sufrir trauma sexual (abuso, acoso o violencia) en menor porcentaje que en la población general; y aunque en ellas suceda con más frecuencia que en los varones, los abusos en éstos quizá resultan más perniciosos sobre su futura identidad sexual, por ser varones la inmensa mayoría de los

que lo cometen. Mucho más problemática es la situación de los *abusadores*, que generalmente no buscan libremente un diálogo para salir de su situación, si no es por algún tipo de presión. Este comportamiento en principio denota cierto grado de desarreglo psíquico en el área sexual, de tal modo que el uso de una negación

⁶ DUCKRO, P.; CHIBNALL, J.; WOLFF, M.A., "Women Religious and Sexual Trauma", *Review of Religious* 57/3, 1998, pp. 304-313. Cf. FORTUNE, M.M., "Violencia contra las mujeres: la forma en que las cosas son no es la forma en que han de ser", en NELSON, J., y LONGFELLOW, S., *o.c.*, pp. 494-508.

absoluta y otras defensas primitivas harán inútil cualquier bienintencionado acompañamiento espiritual.

Todavía en torno a la madurez psíquica de los/as célibes, algunos señalarían el *enamoramiento* casi como requisito para la entrada en vida consagrada. Se trata de un fenómeno típico del post-noviciado (¿sobre todo masculino?), aunque pueden suceder también en el medio o al final de unas vidas plenamente significativas y fieles⁷, manifestado como atracción consciente, como vinculación intensa o como búsqueda de intimidad. En cualquiera puede despertarse una relación afectiva y no resultar catastrófica para la vocación; pero no parece que haber tenido relación de enamoramiento antes de la entrada vocacional aporte un plus de madurez estructural sobre quienes carecen de tal experiencia⁸. Sin embargo este prejuicio funciona; y extrapolado al interior de la vida religiosa puede suponer que todo enamoramiento ejerce una función benéfica sobre el consagrado/a. Pero la verdad más probable es que cualquier enamoramiento puede madurar, purificándolo, el amor de no pocos; pero también puede bloquear para siempre la vocación de muchos.

2) En todo acompañamiento importa mucho sopesar y reforzar el vigor de la *dimensión propiamente religiosa*, que supone un horizonte ideal de valores y una respuesta coherente a dicho atractivo,

⁷ Para el clero diocesano: URIARTE, J. M., "Crecer como personas para servir como pastores", en *La formación humana de los sacerdotes según Pastores Dabo Vobis*, 1994, Madrid, EDICE, p. 36.

⁸ RULLA, L.; IMODA, F.; RIDICK, J., *Antropología de la vocación cristiana. II. Confirmaciones existenciales*, 1994, Madrid, S.E. Atenas, pp. 263-268.

aunque sea con flaquezas. Una buena motivación espiritual multiplica cualquier esfuerzo en el acompañamiento; de modo que, por ejemplo, la masturbación egodistónica de un joven novicio bien motivado, o el enamoramiento transparente de un junior o juniora con buenos criterios, no auguran lo mismo que las visitas a páginas eróticas de internet de quien no reza casi nunca, o la perpetuación de una doble vida que incluya encuentros íntimos premeditados. La superación de dificultades afectivas o sexuales pide como condición necesaria (aunque no siempre es suficiente) una clara motivación religiosa que dé sentido al propio celibato por el Reino de los cielos. Con ella se han interrumpido relaciones prolongadas muy íntimas y placenteras, se han superado enamoramientos arrebatados y apegos persistentes, y se ha llevado con dignidad y sin daño para nadie una homosexualidad más o menos patente. Sin dicha motivación, por el contrario,

La mujer parece más sensible y vulnerable en el área de los sentimientos, mientras que el varón lo es en el área de los sentidos

se encontrará insoportable incluso la soledad inherente a toda condición humana, o se rechazará una vocación intuida o ya profesada.

3) Para que sea plena esta dimensión espiritual, importa también otra menos consciente, terreno donde se instala la *polivalencia simbólica de la sexualidad*⁹: cualquier tipo de relación sexual se puede desear, imaginar o establecer no sólo por la tensión de la pulsión estrictamente genital, ni sólo por el deseo de encuentro afectivo entre dos libertades. Más bien suele vehicular además

⁹ LÓPEZ AZPITARTE, E., *o.c.*, pp. 39-60; CENCINI, A., y MANENTI, A., *Psicología y formación. Estructuras y dinámicos*, 1985, México, Paulinas, pp. 277-288.

otras necesidades psíquicas latentes, como una demostración de poder, un triunfo personal, un ejercicio de seducción o una forma de agresividad; del mismo modo que se puede desear por el gusto de la pasividad, la dependencia, o la humillación.

Al acompañante le corresponde el esfuerzo de discernir esta multiplicidad de sentimientos en el terreno afectivo-sexual, estableciendo conexiones cruzadas entre hechos y significados, comportamientos y funciones, manifestaciones conductuales y motivaciones profundas; pues una vez captadas esas claves ocultas, las cosas se entienden mejor y pueden acompañarse con más seguridad. Imaginemos, por ejemplo, el afecto apostólico que un varón consagrado con cargo pastoral siente hacia una mujer (soltera, viuda o casada; con hijos o sin ellos) que pide ayuda y ofrece confianza. Lo que empieza por un sentimiento protector altruista se muestra poco a poco como necesidad humana de ayuda a los demás, que cumple una función defensiva¹⁰; de modo que finalmente toma forma de apego persistente y deriva en un deseo de encontrar apoyo y compartir con ella total intimidad: apetencia muy humana, pero muy alejada del ideal del voto. Dinámica semejante, bajo apariencia de

¹⁰ Defensiva quiere decir que el yo se defiende mediante algún mecanismo de defensa (en este caso la formación de lo contrario) de reconocer el impulso inaceptable (en este caso la dependencia, que parece infantil en un pastor), impulso que sin embargo se gratifica indirectamente (en la ayuda que se ofrece... esperando recibir). Este tipo de "bien aparente", en: GARCÍA DOMÍNGUEZ, L.M., *Afectos en desorden. Los varios autoengaños en la virtud*, 1999, Vitoria, Frontera Hegian, n. 24, pp. 44-55.

bien, puede darse en otras relaciones que las personas interesadas justifican, aunque otros consideran desordenadas: amistades compensatorias, dependencia de la propia familia, relaciones pastorales o profesionales...

En las situaciones complicadas que se prolongan suele ser más útil un trabajo indirecto sobre las causas que polarizarse en la dificultad concreta

Algunas veces el acompañante debe valorar la conveniencia de que una persona de *orientación homosexual* inicie o continúe la vida consagrada. Teóricamente puede asumir tal género de vida quien tenga esa vocación, eclesialmente reconocida, y se comprometa a la castidad de cuerpo y corazón que el voto requiere; pero en la práctica cada situación es diferente y un amplio debate teórico y práctico sigue abierto¹¹. El acompañante acoge siempre a la persona con una positiva misericordia¹², especialmente cuando su orientación le inquieta o le lleva a infidelidad en el voto. Pero siempre conviene verificar el predominio total o parcial de esta orientación en su historia; la centralidad que ocupa actualmente en su preocupación personal y social; su capacidad

¹¹ GAFO, J., "Cristianismo y homosexualidad", en *La homosexualidad: debate abierto*, Bilbao, Desclée, 1997, pp. 189-222. Los informes Kinsey indican un 2% de mujeres y un 4-6% de varones exclusiva o predominantemente homosexuales: MEYER, J.K., "Homosexualidad egodistónica", en KAPLAN, H.I. y SADOCK, B.J., *Tratado de Psiquiatría, Tomo I*, 1989, Barcelona, Salvat, 2ª ed., p. 1049. Para la vida consagrada no hay estadísticas fiables, y mientras unos proyectan proporciones similares, otros suponen una incidencia mayor que en la población general; el reparto por áreas geográficas seguramente es muy desigual.

¹² VICO PEINADO, J., "Misericordia en los juicios. A propósito de gays y lesbianas", *Sal Terrae*, 90 / 2, n. 1053, 2002, pp. 129-140.

hasta el presente para vivir su castidad gozosamente; la tensión real que le produce vivir en una comunidad de su mismo sexo; la eventual incidencia pastoral de su orientación; etc. En la homosexualidad femenina parece que las vinculaciones afectivas son más decisivas que entre los varones, los problemas de identidad menos irreversibles y la tensión genital menos polarizadora; en cualquier caso, la presencia de estos rasgos en cualquiera hace que la previsión de fidelidad al voto resulte más favorable, si está religiosamente motivada.

REMOVER

Los significados secundarios de que venimos hablando subyacen más reprimidos que los afectivo-sexuales, y el sujeto no puede reconocerlos por sí solo; por eso en la mayoría de los casos habrá que *remover* un poco a la persona en el acompañamiento para hacerle ver esos significados ocultos. Para ello, muchas veces bastará con facilitar delicadamente la *exploración* de los asuntos para favorecer la evocación de las diversas resonancias afectivas; otras veces el acompañante podrá presentar directamente el problema que percibe o conoce¹³; o bien empleará recursos más confrontadores. Pero siempre será más eficaz si hace ver las cosas en el modo discreto de la propuesta ignaciana: lo poco que encuentre el sujeto *por sí mismo* le será

¹³ No tiene sentido que el acompañante trate de averiguar comportamientos de la persona acompañada fuera de la entrevista, pero parece pecado de omisión no incorporar de algún modo la información fiable que le llegue.

de más gusto y fruto espiritual que lo mucho que su acompañante le declare y formule¹⁴; y, por el contrario, resultará bastante inútil ofrecer, sosegada o apasionadamente, explicaciones detalladas.

A veces, *remover* significa simplemente *ayudarle a aceptar* que sufre la problemática que nos cuenta, pues demasiados consagrados/as desearían eliminar un deseo inaceptable o erradicar un comportamiento; pero reaccionar demasiado pronto en dirección contraria al impulso no es del todo conveniente siempre y para todos, pues puede favorecer menos la integración que la represión. Esta aceptación inicial se puede procurar con jóvenes de *identidad sexual incierta*. Aunque se habla de cierta bisexualidad básica humana¹⁵, la literatura espiritual da por supuesto que pasada la etapa adolescente la identidad queda fijada en los sujetos normales; pero los formadores en-

contran ocasionalmente en candidatos varones relativamente jóvenes una situación donde no se distingue bien entre inseguridad psíquica, identidad inmadura o verdadera homosexualidad. El problema puede prolongarse durante años, tanto con psicoterapia como sin ella; pero una vez aceptado se puede fomentar el reforzamiento de las áreas inseguras de su

¹⁴ *Ejercicios Espirituales*, n. 2.

¹⁵ La idea proviene de Freud, pero es bastante aceptada; el nuevo informe Kinsey (1978) habla del "continuo homosexual-heterosexual": DOMÍNGUEZ, C., "El debate psicológico sobre la homosexualidad", en GAFO, J. (Ed.), *o. c.*, pp. 18, 30-32.

La superación de dificultades afectivas o sexuales pide como condición necesaria una clara motivación religiosa. Sin dicha motivación, se encontrará insoportable incluso la soledad inherente a toda condición humana

identidad psicológica, de la que es reflejo la identidad sexual.

En ocasiones será eficaz la simple *sugerencia* del elemento latente para que el sujeto acepte, por ejemplo, su manipulador exhibicionismo en una relación, el ejercicio del poder, la dependencia afectiva para aliviar la ansiedad de su soledad, la función compensatoria de un éxito afectivo, la agresividad que a veces despliega, etc. Algunos de estos significados pueden ser "aliados" temporales del acompañante frente a la situación problemática; por ejemplo, convirtiendo la agresividad latente en asertividad necesaria frente a la manipulación de otra persona; utilizando la autonomía dormida frente a una dependencia infantilizadora; o cambiando la ayuda defensiva en servicio verdadero.

Pero cuando la dinámica de fondo es enmascarada una y otra vez por los mecanismos de defensa probablemente conviene una verdadera *confrontación* que, cuando consigue *remover* un poco esas defensas, permite al sujeto aceptar una posterior *interpretación* de las raíces de su comportamiento. Ambos recursos se deben utilizar con toda prudencia. La confrontación genera cierta ansiedad; pero la interpretación aclara y serena sentimientos, dispone a la verdadera humildad y destierra el narcisismo que es la base de tantas dificultades afectivo-sexuales.

PROPONER

El acompañante pretende liberar la libertad de amar y renovar la motivación real de la persona acompañada para que

el centro de su interés no sea su propio, sino realmente el otro y el Otro. Generalmente, la persona que comprende mejor las raíces de su comportamiento suele ensayar *por sí misma* algunas alternativas, cambiando su dependencia en crecimiento adulto, su exhibicionismo en servicio altruista, su pena compasiva en real misericordia. Y todo ello por referencia al Jesús del evangelio que ama sin dependencia, atrae sin seducir, se autoafirma sin exhibicionismo y tiene misericordia del necesitado sin buscar compensación. El papel del acompañante es el de recordarle ese ideal y confirmar sus decisiones acertadas, más que ofrecer muchas soluciones. Aunque a veces puede proponer algo sencillo y alcanzable que confirme la viabilidad de algún cambio; por

Nuestra referencia es el Jesús del Evangelio que ama sin dependencia, atrae sin seducir, se autoafirma sin exhibicionismo y tiene misericordia del necesitado sin buscar compensación

ejemplo, una vida menos individualista, más apostólica y espiritual; o simplemente más sana: deporte y descanso, menor profesionalización, tren de vida "ecológico" en horarios, comidas, bebidas, gastos y uso de los medios de comunicación social.

Para la formación y ejercicio del celibato consagrado a veces se propone la *sublimación*, como solución entre represión neurotizante y gratificación primitiva, que sería "la única base psicológica que garantiza la posibilidad y la eventual normalidad de una vida celibataria"¹⁶. Pero la operación de transformar el objeto del deseo en otro más sublime frecuentemente no se hace

¹⁶ DOMÍNGUEZ MORANO, C., *La aventura del celibato evangélico. Sublimación o represión. Narcisismo o alteridad*, 2000, Vitoria, Frontera Hegian, n. 31, p. 9. Sublimación es "un cambio en el objeto y en el fin de la pulsión" (p. 12), el desplaza-

sin "espiritualizar" (en el peor sentido de la palabra) afectos muy humanos, y de ahí la posible ambivalencia de su uso. Con todo, y conforme a una antropología de la vocación cristiana¹⁷, es posible apoyar una *renuncia* lúcida y libre de algunas exigencias del insaciable apetito humano¹⁸ en la real fuerza atrayente de los valores autotranscendentes teocéntricos, capaces de suscitar en el corazón humano de algunos el más fuerte y plenificador de los deseos.

En cualquier caso, la sublimación de algunos deseos y la renuncia a la gratificación de otros son medios para posibili-

miento de la energía libidinal hacia objetos socialmente valorados y alejados de sus primitivas finalidades; nunca llega a ser completa (p. 39). Discuten brevemente el concepto: CENCINI, A., y MARENTI, A., *o.c.*, pp. 339-343.

¹⁷ RULLA, L.M., *Antropología de la Vocación cristiana, I, Bases interdisciplinarias*, 1990, Madrid, S.E. Atenas.

¹⁸ Tanto la tradición psicodinámica (por ejemplo, H.A. Murray), como la tradición humanista (por ejemplo, A. Maslow) aceptan otras necesidades básicas, además de sexualidad o agresividad.¹ MARTÍNEZ DÍEZ, F., *Refundar la vida religiosa*, 1994, Madrid, San Pablo, pp. 167 ss.

No debemos imitar ni a los que idolatran el amor humano ni a los que lo ridiculizan. Esta idolatría, tanto la del amor erótico como la de los "afectos domésticos", es un gran error. Los que ridiculizan el amor humano califican de sensiblería y de sentimentalismo casi todo lo que otros dicen en elogio del amor; están siempre escarbando y poniendo al descubierto las raíces sucias de nuestros amores naturales. Pero pienso que no debemos escuchar ni al "supersabio" ni al "supertonto". Lo más alto no puede sostenerse sin lo más bajo. Una planta tiene que tener raíces abajo y luz del sol arriba, y las raíces no pueden dejar de estar sucias. Por otro lado, gran parte de esa suciedad no es más que tierra limpia, siempre que se la deje en el jardín y no se esparza sobre la mesa del despacho.

[Carl S. Lewis]

tar la principal de las propuestas: la vivencia espiritual del celibato. La renovación de esta dimensión (mediante la familiaridad con Dios en todas las cosas, la oración personal y comunitaria, la vida sacramental, el compromiso con la propia comunidad, la generosa entrega a la misión), encenderá de nuevo el núcleo de la consagración única y total. Y si la persona acompañada no llegara a renovar esta experiencia de re-ligación, entonces serán insuficientes todas las propuestas para vivir el misterioso don y signo del celibato consagrado.

Acompañar problemas de otros suele despertar en alguna medida los propios: la escucha empática de cualquier emoción ajena afecta siempre al que escucha con corazón, evocando sus recuerdos y suscitando sentimientos hacia la persona acompañada. Importa, pues, saber manejar las propias reacciones durante las entrevistas y terminar en su momento justo esta relación especial. Y el/la acompañante podrá retirarse, como pobre instrumento aprovechado por un Dios que no negará su gracia a quienes le quieren servir en el celibato consagrado enteros y para siempre. ■

PERSPECTIVAS

LA HOMOSEXUALIDAD EN LA VIDA CONSAGRADA

Carlos Domínguez Morano

El mundo afectivo es tan complejo que no se deja encerrar fácilmente en nuestros esquemas. La cuestión homosexual se integra en esta complejidad y permanece en estado de debate abierto. Es un hecho innegable que siempre existieron sujetos homosexuales en la vida consagrada masculina y femenina. Este artículo sitúa e ilumina esta realidad y propone algunos criterios para abordar las situaciones personales.

En la actualidad asistimos a un proceso psicosocial en el que la homosexualidad pareciera no soportar más el silencio en el que se le pretendió enclaustrar durante siglos. Sin duda, las transformaciones habidas en la comprensión y en la vivencia profunda de la sexualidad han dado lugar a la eliminación de las sordinas que se pretendían mantener en este terreno. Son muchos los sectores sociales que, a pesar de sus enormes resistencias, no pueden evitar que el tema emerja, planteándoles una ineludible y, muchas veces, enojosa respuesta. El ejército, la guardia civil, los partidos políticos, todos se ven enfrentados a tomar posición ante una realidad que durante tiempo pretendieron inexistente e intolerable en sus filas. Y ya vemos que, efectivamente, lo afrontan con una progresiva libertad y una apertura de miras que nos hubiera asombrado tan sólo hace unos años.

En este contexto, sin embargo, contrasta la actitud de la Iglesia en su resistencia al reconocimiento y aceptación de

■ Jesuita. Psicólogo. Facultad de Teología de Granada.